

CHARLES DICKENS  
CANCIÓN DE  
NAVIDAD



ANAYA

CHARLES DICKENS  
CANCIÓN DE  
NAVIDAD

Villancico en prosa o cuento navideño de espectros



Ilustraciones de  
*Arthur Rackham, John Leech*  
y *Harry Furniss*

ANAYA



Grabado de Dickens por R. Graves, según el retrato de Maclise,  
cuatro años antes de escribir su *Canción de Navidad*

Título original: *A Christmas Carol*

1.ª edición: noviembre 2009

© De las ilustraciones: William Heinemann Ltd., 1915

© De la traducción: Santiago R. Santerbás, 1986

© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2009

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

ISBN: 978-84-667-9246-2

Depósito legal: M-46.610-2009

Impreso en Anzos, S.L.

C/ La Zarzuela, 6

Polígono Industrial Cordel de la Carrera

28940 Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

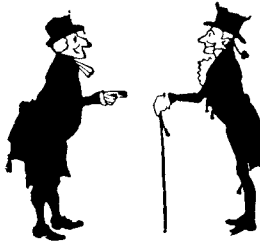
*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

# Índice



Personajes .....	9
Primera estrofa. EL ESPECTRO DE MARLEY .....	13
Segunda estrofa. EL PRIMERO DE LOS TRES ESPÍRITUS ....	51
Tercera estrofa. EL SEGUNDO DE LOS TRES ESPÍRITUS ....	83
Cuarta estrofa. EL ÚLTIMO DE LOS ESPÍRITUS .....	125
Quinta estrofa. EL FINAL DE LA HISTORIA .....	153
Notas .....	169

## Personajes<sup>1</sup>



*Bob Cratchit*, escribiente de Ebenezer Scrooge.

*Peter Cratchit*, hijo del anterior.

*Tim Cratchit (Tiny Tim)*, lisiado, hijo menor de Bob Cratchit.

*Mr. Fezziwig*, anciano comerciante, afable y jovial.

*Fred*, sobrino de Ebenezer Scrooge.

*Espíritu de las Navidades pasadas*, fantasma que muestra las cosas que sucedieron antaño.

*Espíritu de la Navidad presente*, espectro de naturaleza amable, generosa y cordial.

*Espíritu de las Navidades futuras*, aparición que muestra las sombras de las cosas que pueden suceder en el futuro.



*Espectro de Jacob Marley*, fantasma del antiguo socio de Ebenezer Scrooge.

*Joe*, propietario de un almacén y comprador de objetos robados.

*Ebenezer Scrooge*, anciano miserable y avaro, socio superviviente de la firma comercial «Scrooge y Marley».

*Mr. Topper*, solterón.

*Dick Williams*, compañero de aprendizaje de Scrooge.

*Belle*, gentil madre de familia, antigua prometida de Scrooge.

*Caroline*, esposa de uno de los deudores de Scrooge.

*Mrs. Cratchit*, esposa de Bob Cratchit.

*Belinda* y *Martha Cratchit*, hijas de la anterior.

*Mrs. Dilber*, lavandera.

*Fan*, hermana menor de Ebenezer Scrooge.

*Mrs. Fezziwig*, esposa y digna compañera de Mr. Fezziwig.



He pretendido que, en este relato fantástico, los espectros nazcan de una Idea que no ponga malhumorados a los lectores consigo mismos, ni con otras personas, ni con la época navideña, ni conmigo. Desearía que este libro hechizase amablemente sus hogares y que nadie quisiera abandonar su lectura.

Su fiel amigo y servidor,  
Charles DICKENS.  
*Diciembre, 1843.*





*Robert Seymour*

PRIMERA ESTROFA



# El espectro de Marley





Tamir Lee Son



**D**IGAMOS, para comenzar, que Marley estaba muerto. De eso no hay duda. El acta de su entierro fue firmada por el párroco, por el escribano, por el empresario de pompas fúnebres y por el que presidió el duelo. Sí, Scrooge la firmó: y el nombre de Scrooge tenía validez en la Bolsa para cualquier asunto en que él decidiera firmar. El viejo Marley estaba tan muerto como el clavo de una puerta<sup>1</sup>.

¡Cuidado! No quiero dar a entender que yo sepa por mí mismo que el clavo de una puerta sea algo especialmente muerto. Por lo que a mí respecta, me inclinaría a considerar el clavo de un ataúd como la pieza más muerta de todo el comercio de ferretería. Pero la sabiduría de nuestros antepasados se vale de ese símil; y mis manos pecadoras no habrán de alterarlo, pues, de hacerlo, el país estaría perdido. Así que el lector me permitirá repetir, enfáticamente, que Marley estaba tan muerto como el clavo de una puerta.

¿Sabía Scrooge que Marley estaba muerto? Claro que sí. ¿Cómo no iba a saberlo? Scrooge y él habían sido socios durante no sé cuántos años. Scrooge fue su único albacea testamentario, su único administrador, su único apoderado, su heredero universal, su único amigo y el único que asistió a su entierro. Y añadamos que Scrooge no se sintió profundamente afectado por el penoso acontecimiento, sino que, obrando como un excelente hombre de negocios el día mismo del funeral, consiguió que este se celebrara por una verdadera ganga.

La mención del funeral de Marley nos trae al punto de partida. No hay duda de que Marley estaba muerto. Debemos comprenderlo con claridad, o nada maravilloso podremos hallar en la historia que voy a relatar. Si no estuviéramos absolutamente convencidos de que el padre de Hamlet había muerto antes del comienzo de la representación, no encontraríamos nada de particular en que diera un paseo nocturno por sus propias murallas, azotadas por el viento del este, con la expresa intención de sobrecoger a la mente enfermiza de su hijo, como tampoco lo sería el hecho de que cualquier otro caballero medieval saliera impulsivamente después de anoecer a dar una vuelta por un lugar ventoso (digamos, por ejemplo, el cementerio de San Pablo)<sup>2</sup>.

Scrooge nunca suprimió del rótulo comercial el nombre del viejo Marley. Allí permanecía, años después, sobre la puerta de su almacén: Scrooge y Marley. La firma era conocida como Scrooge y Marley. Algu-

nas gentes recién llegadas al mundo de los negocios se dirigían a Scrooge llamándole, unas veces, Scrooge, y otras, Marley. El respondía a ambos nombres: le daba igual uno que otro.

¡Ah, pero qué tacaño, cicatero, estrujador, codicioso, rapiñador, avaro, mezquino y viejo pecador era Scrooge! Duro y cortante como un pedernal del que ningún acero pudo sacar jamás una chispa generosa; taciturno, receloso y solitario como una ostra. Su frialdad interior helaba sus viejas facciones, afilaba su puntiaguda nariz, marchitaba sus mejillas, envaraba su forma de andar, enrojecía sus ojos y amorataba sus labios; y hacía que, al hablar, su voz fuera seca y chirriante. Una gélida escarcha se había posado en su cabeza, en sus cejas y en su barbilla hirsuta. Siempre llevaba consigo su propia temperatura glacial; congelaba su oficina en los días más calurosos, y no la deshela ni un grado por Navidad.

El frío y el calor externos ejercían poca influencia sobre Scrooge. Ni el tórrido calor le caldeaba, ni el tiempo invernal le resfriaba. No había viento que soplara más crudamente que él, ni nevada que cayera con peores intenciones que las suyas, ni pedrisco menos propicio a la compasión. El mal tiempo era incapaz de dominarlo. La lluvia más torrencial, la nieve, el gránizo y la cellisca solo podían vanagloriarse de aventajarle en un aspecto: los fenómenos atmosféricos solían apaciguarse generosamente, mientras que Scrooge nunca se apaciguaba.

Nadie le paraba en la calle para decirle con expresión risueña: «Mi querido Scrooge, ¿cómo está usted? ¿Cuándo vendrá a visitarme?». Ningún mendigo le suplicó que le diera una limosna; ningún niño le preguntó qué hora era; ningún hombre o mujer le pidió ni una sola vez en su vida que le indicara la dirección de tal o cual lugar. Hasta los perros de los ciegos parecían conocerlo; y, cuando lo veían llegar, tiraban de sus amos hacia los portales y los patios, y agitaban el rabo como si quisieran decir: «Mejor es, mi pobre amo, no tener ojos que echar mal de ojo».

Pero todo eso, ¿qué más le daba a Scrooge? En el fondo, le complacía. Abrirse paso a través de los multitudinarios senderos de la vida, poniéndose en guardia para mantener a distancia toda simpatía humana, era para Scrooge lo que suele llamarse una «golosina»<sup>3</sup>.

Un buen día —el mejor de todos los días del año: la víspera de Navidad—, el viejo Scrooge trabajaba afanosamente en su despacho. El tiempo era frío, áspero, destemplado y, además, brumoso; y él podía oír cómo las gentes que iban y venían por la plazuela jadeaban, se golpeaban el pecho con las manos y zapateaban sobre las piedras del pavimento para entrar en calor. Los relojes de la ciudad acababan de dar las tres, pero la oscuridad era ya completa: no había luz diurna, y las velas brillaban en las ventanas de las oficinas próximas como manchas rojizas en el aire espeso y oscuro. La niebla se filtraba por los resquicios y los ojos de las cerraduras, y era tan densa en el exterior que, a

pesar de lo estrecha que era la plazuela, las casas de enfrente parecían simples fantasmas. Al ver cómo caía la sucia neblina, enturbiándolo todo, uno podía pensar que la Naturaleza vivía miserablemente dedicada a la fabricación de cerveza en gran escala.

La puerta del despacho de Scrooge estaba abierta; así podía vigilar a su escribiente, quien, en un lóbrego cuchitril contiguo, una especie de cisterna, copiaba cartas. Scrooge tenía encendido un fuego muy pequeño; pero el que ardía en la habitación del escribiente era aún más débil, tanto que apenas parecía una brasa. Sin embargo, este no podía avivarlo, pues la carbonera se hallaba situada en el despacho de Scrooge; y si al escribiente se le hubiera ocurrido entrar con la pala, el jefe le habría augurado que él y la pala estaban de más en aquel lugar. De modo que el escribiente se embozaba en su bufanda blanca y procuraba calentarse con la vela, intento en el que, no siendo hombre de viva imaginación, siempre fracasaba.

—¡Feliz Navidad, tío! ¡Dios le guarde! —gritó una voz jovial. Era la voz del sobrino de Scrooge, quien había llegado tan de improviso que este fue el primer indicio de su presencia.

—¡Bah! —dijo Scrooge—. ¡Paparruchas!

El sobrino de Scrooge habíase acalorado tanto en su rápido caminar a través de la niebla y la helada que estaba sofocado. Su rostro era hermoso y rubicundo; sus ojos chispeaban; y, al respirar, salía de su boca una nube de vapor.



—¿Las Navidades, paparruchas? —exclamó el sobrino de Scrooge—. No habrá querido usted decir eso, ¿verdad?

—Sí, he querido decirlo —contestó Scrooge—. ¡Feliz Navidad! ¿Qué derecho tienes a ser feliz? ¿Qué motivos tienes para ser feliz? Eres bastante pobre.

—Vaya, vaya —replicó alegremente el sobrino—. ¿Qué derecho tiene usted a estar triste? ¿Qué motivos tiene para estar malhumorado? Usted es bastante rico.

No hallando mejor respuesta en la excitación del momento, Scrooge dijo de nuevo:

—¡Bah! —y volvió a repetir—: ¡Paparruchas!

—No se enfade, tío —dijo el sobrino.

—¿Qué otra cosa puedo hacer —respondió el tío— si vivo en este mundo de idiotas? ¡Feliz Navidad! ¡Al cuerno tu feliz Navidad! ¿Qué es para ti la Navidad sino la época de pagar facturas y no tener dinero, la época en que uno se encuentra un año más viejo y ni una hora más rico, la época de hacer balance y descubrir en los libros de contabilidad que doce meses de trabajo han resultado estériles? Si pudiese hacer mi voluntad —continuó Scrooge, indignado—, a cada imbécil que me viniera con el «Feliz Navidad» en los labios, lo cocería en su propio jugo y lo enterraría con una estaca de acebo clavada en el corazón. ¡Claro que lo haría!

—¡Tío! —imploró el sobrino.

—Sobrino —replicó duramente el tío—, celebra la Navidad a tu modo y déjame celebrarla al mío.

—¡Celebrarla! —repitió el sobrino de Scrooge—. Pero si usted no la celebra.

—Entonces déjame en paz —dijo Scrooge—. ¡Y que te aproveche la Navidad! ¡Como te ha aprovechado hasta ahora!

—Hay muchas cosas de las que habría podido sacar provecho, y me atrevo a decir que no me he beneficiado de ellas —objetó el sobrino—. La Navidad, entre otras. Pero estoy seguro de que, al llegar esta época del año, y dejando aparte la veneración debida a su nombre y origen sagrados (si es que se puede dejar aparte algo que le es tan propio), siempre he pensado que la Navidad era una buena época: una época amable, benévola, caritativa, placentera; la única época, que yo sepa, del largo calendario del año en la que hombres y mujeres parecen abrir de común acuerdo sus corazones cerrados y considerar a las gentes humildes como verdaderos compañeros de viaje hacia la tumba, y no como criaturas de otra raza que viajan hacia destinos diferentes. Y por eso, tío, aunque la Navidad nunca me ha metido una migaja de oro o de plata en el bolsillo, creo que me ha hecho bien y que seguirá haciéndomelo, y digo: ¡Bendita sea!

El escribiente aplaudió instintivamente desde su cuchitril; dándose cuenta en el acto de su incorrección, removió el fuego y apagó definitivamente las últimas y débiles brasas.

—Si vuelvo a oírlo otra vez —dijo Scrooge—, celebrará la Navidad con la pérdida de su empleo. Eres

un excelente orador, caballero —añadió, volviéndose hacia su sobrino—. Me sorprende que no estés en el Parlamento.

—No se enoje usted, tío. Venga a comer mañana con nosotros.

Entonces Scrooge dijo que le gustaría verlo... Sí, naturalmente que lo dijo; empleando toda la fuerza de su expresión, dijo que le gustaría verlo... en los peores apuros.

—Pero ¿por qué? —gritó el sobrino de Scrooge—. ¿Por qué?

—¿Por qué te casaste? —preguntó Scrooge.

—Porque me enamoré.

—¿Porque te enamoraste! —gruñó Scrooge, como si enamorarse fuera la única cosa en el mundo más ridícula que una feliz Navidad—. ¡Buenas tardes!

—Nada de eso, tío. Usted nunca vino a verme antes de que me casara. ¿Por qué pone ese pretexto para no venir ahora?

—Buenas tardes —dijo Scrooge.

—Nada deseo de usted; nada le pido. ¿Por qué no podemos ser amigos?

—Buenas tardes —repitió Scrooge.

—Lamento de todo corazón verle tan obcecado. Nunca hemos tenido una discusión que yo provocara. Pero he hecho esta tentativa en honor a la Navidad, y mantendré hasta el final mi buen humor navideño. De modo que, ¡felices Pascuas, tío!

—¡Buenas tardes! —insistió Scrooge.

—¡Y feliz Año Nuevo!

—¡Buenas tardes! —concluyó Scrooge.

Su sobrino salió, no obstante, de la habitación sin pronunciar una sola palabra colérica. Se detuvo, al otro lado de la puerta, para felicitar la Navidad al escribiente, quien, a pesar del frío que tenía, era más cálido que Scrooge, pues devolvió cordialmente la felicitación.

—Otro por el estilo —murmuró Scrooge, que le había oído—. Mi escribiente, que gana quince chelines semanales y tiene mujer e hijos que mantener, aún habla de una feliz Navidad. Habría que encerrarlo en un manicomio.

El citado lunático, al acompañar hasta la puerta al sobrino de Scrooge, había dejado entrar a otras dos personas. Eran dos caballeros corpulentos, de agradable apariencia, que ahora se encontraban, con sus sombreros en la mano, en el despacho de Scrooge. Llevaban consigo libros y papeles, y le saludaron con sendas inclinaciones de cabeza.

—¿Scrooge y Marley?, supongo —dijo uno de los caballeros, examinando una lista—. ¿Tengo el gusto de dirigirme al señor Scrooge o al señor Marley?

—El señor Marley lleva siete años muerto —respondió Scrooge—. Murió hace siete años, precisamente esta misma noche.

No dudamos de que la liberalidad del señor Marley estará bien representada por el socio superviviente —dijo el caballero, presentando sus credenciales.



Eso era cierto, pues ambos habían sido almas gemelas. Al escuchar la ominosa palabra «liberalidad», Scrooge frunció el ceño, sacudió la cabeza y devolvió las credenciales.

—En estas fiestas, señor Scrooge —dijo el caballero, tomando una pluma de la escribanía—, es más conveniente que de ordinario que recojamos algunas pocas provisiones para los pobres y desamparados, que sufren considerablemente en esta época del año. Miles de ellos carecen de lo necesario, señor, y cientos de miles están privados de las comodidades más imprescindibles.

—¿No hay cárceles? —preguntó Scrooge.

—Hay gran abundancia de prisiones —respondió el caballero, dejando la pluma.

—¿Y los asilos de la Unión<sup>4</sup>? —inquirió Scrooge—. ¿Ya no funcionan?

—Funcionan. Sin embargo —añadió el caballero—, preferiría decirle que no funcionan.

—Y los molinos penitenciarios<sup>5</sup> y la Ley de Pobres<sup>6</sup> están vigentes, ¿no? —dijo Scrooge.

—Lo están, señor.

—¡Ah! Temía, por lo que usted dijo al principio, que hubiese ocurrido algo que impidiera su beneficioso funcionamiento —manifestó Scrooge—. Me alegra mucho oír que no ha sido así.

—Bajo la impresión de que tales instituciones apenas proporcionan consuelo cristiano a las almas o a los cuerpos de las gentes —prosiguió el caballero—, algunos de nosotros estamos intentando recaudar fondos para comprar a los pobres alimentos, bebidas y medios para calentarse. Hemos elegido esta época porque, entre todas las del año, es aquella en que la necesidad se siente con más agudeza, y la abundancia, con más placer. ¿Qué cantidad desea usted aportar, señor?

—¡Ninguna! —replicó Scrooge.

—¿Desea guardar el anonimato?

—Deseo que me dejen en paz —dijo Scrooge—. Ya que ustedes, señores, me han preguntado lo que deseo, esa es mi respuesta. Yo no celebro la Navidad; y no voy a pagar para que la celebren gentes desocupadas. Contribuyo al mantenimiento de las instituciones que he mencionado: me cuestan bastante dinero.

Quienes se encuentren en mala situación económica, que recurran a ellas.

—Muchos no pueden ir a ellas; y otros preferirían morirse antes que ir.

—Si prefieren morirse —dijo Scrooge—, es mejor que lo hagan, y así disminuirá el exceso de población<sup>7</sup>. Además, discúlpenme, yo no sé nada de esas cosas.

—Pero podría saberlo —observó el caballero.

—No es asunto mío —replicó Scrooge—. A cada hombre le basta con velar por sus propios asuntos y no meterse en los ajenos. Los míos me tienen constantemente ocupado. ¡Buenas tardes, caballeros!

Viendo claramente que sería vano insistir en sus pretensiones, los caballeros se retiraron. Scrooge reanudó su tarea con mejor opinión de sí mismo y con un talante más optimista de lo que era habitual en él.

Entre tanto, la niebla y la oscuridad se habían hecho tan densas que algunos individuos recorrían las calles con chisporroteantes antorchas, ofreciendo sus servicios para ir delante de los caballos de los carruajes y guiarlos por su camino. La antigua torre de la iglesia, cuya áspera y vieja campana parecía estar siempre espiando taimadamente a Scrooge desde la ventana gótica que había en el muro, era ya invisible, y daba las horas y los cuartos en la oscuridad, con trémulos ecos, como si unos dientes castañetearan en su helada cabeza, allá, en las alturas. El frío se hizo más intenso. En la calle principal, doblando la esquina de la plazuela, algunos obreros reparaban las cañerías del gas; habían

encendido un gran fuego en un brasero, y a su alrededor se apiñaba un grupo de hombres y muchachos harapientos que se calentaban las manos y parpadeaban, extasiados, ante la hoguera. La boca de riego, abandonada a su soledad y tétricamente revestida de carámbanos, habíase convertido en un misantrópico bloque de hielo. El resplandor de las tiendas, en cuyos escaparates se resquebrajaban las bayas y las ramas de acebo al calor de las lámparas, enrojecía, a su paso, los rostros de los viandantes. Las pollerías y los puestos de comestibles ofrecían una espléndida paradoja: su magnífico aspecto hacía casi imposible creer que tuvieran relación alguna con principios tan prosaicos como los de la compra y venta. El alcalde, en su fortaleza de la imponente Casa Consistorial, daba órdenes a sus cincuenta cocineros y despenseros para que la Navidad se celebrase como debía celebrarla la familia de un alcalde; y hasta el sastrecillo a quien habían multado con cinco chelines el lunes anterior por estar borracho y armar una trifulca callejera batía en su buhardilla la masa del pastel que habría de comer al día siguiente, mientras su escuálida mujer y su hijo salían a comprar carne.

¡Más niebla aún, y más frío! Un frío penetrante, agudo, mordiente. Si el bueno de San Dunstan hubiera pellizcado la nariz del Espíritu Maligno con unos dedos tan fríos como el tiempo reinante, en vez de emplear sus armas habituales, a buen seguro que el contundente ataque habríale hecho aullar de dolor<sup>8</sup>. El jo-



ven propietario de una chata naricilla, mordisqueada y roída por el hambriento frío como un hueso por un perro, se detuvo ante el ojo de la cerradura de Scrooge para obsequiarle con un villancico. Pero, al oír las primeras notas de:

*¡Dios os bendiga, alegre señor,  
y nada os aflija!*

Scrooge empuñó la regla con tal energía que el cantor huyó despavorido, abandonando el ojo de la cerradura a la niebla y a lo que aún era más similar a Scrooge: la helada.

Llegó, al fin, la hora de cerrar la oficina. Scrooge abandonó de mala gana su taburete y tácitamente hubo de admitir el hecho ante el escribiente, que aguardaba en su cuchitril y que, al momento, apagó su vela de un soplido y se puso el sombrero.

—Supongo que querrá tener libre todo el día de mañana, ¿no? —preguntó Scrooge.

—Si no hay inconveniente, señor.

—Hay inconveniente —dijo Scrooge— y además es injusto. Si le descontara media corona por ello, usted pensaría que cometo un abuso, porque estoy obligado a concederle el día libre, ¿no es así?

El escribiente sonrió con timidez.

—Y, sin embargo —prosiguió Scrooge—, usted no cree que abusa de mí cuando yo le pago el sueldo de un día por no trabajar.

El escribiente observó que eso era solo una vez al año.

—¡Bonita excusa para limpiarle a uno el bolsillo cada veinticinco de diciembre! —dijo Scrooge, abotonándose el abrigo hasta la barbilla—. Bueno, supongo que deberá tener mañana el día libre. Pero esté aquí muy temprano a la mañana siguiente<sup>9</sup>.

El escribiente prometió que así lo haría; y Scrooge salió, gruñendo. La oficina quedó cerrada en un santiamén; y el escribiente, con las largas puntas de su bufanda colgándole por debajo de la cintura (pues no podía permitirse el lujo de tener un abrigo), bajó, resbalando veinte veces en honor a la Nochebuena, por una helada callejuela lateral de Cornhill<sup>10</sup>, tras una hilera de muchachos, y luego corrió hacia su casa, en Camden Town<sup>11</sup>, con tanta rapidez como lo permitieron sus fuerzas, para llegar a tiempo de jugar a la gallina ciega.

Scrooge tomó su miserable cena en su habitual y miserable taberna; y, después de leer los periódicos y de pasar el resto de la velada examinando su cuaderno de operaciones bancarias, marchó a su casa, a acostarse. Vivía en unas habitaciones que antaño pertenecieran a su difunto socio. Eran unas habitaciones lúgubres, situadas en la planta baja de un edificio que daba a un patio: un emplazamiento tan absurdo que incluso podría maliciarse que, cuando el edificio aún era joven, había llegado a aquel lugar jugando al escondite con otros inmuebles y había olvidado el camino de salida.



Ahora el edificio era ya bastante viejo, y además bastante triste, pues solo vivía en él Scrooge; los restantes pisos estaban ocupados por oficinas. El patio estaba tan oscuro que hasta el mismo Scrooge, que conocía cada una de sus piedras, tuvo que avanzar a tientas. La niebla y el hielo habíanse adherido de tal modo al viejo y negro portón de la casa que parecía como si el Genio del Tiempo se hubiera sentado, fúnebre y meditabundo, bajo el umbral.

Pues bien, es indudable que el llamador de la puerta no tenía nada de particular, salvo que era muy grande. También es indudable que Scrooge lo había visto noche y día desde que comenzara a vivir en aquel lugar; e igualmente que Scrooge poseía tan poco de eso que se llama imaginación como cualquier otro hombre de la City<sup>12</sup>, incluyendo —y son palabras mayores— al cabildo, a los concejales y a los gremios. Tengamos asimismo en cuenta que Scrooge no había dedicado ni un solo pensamiento a Marley desde que mencionara, aquella misma tarde, que su socio había muerto hacía siete años. Aclarado esto, me gustaría que alguien me explicara, si puede, qué sucedió para que Scrooge, al meter la llave en la cerradura de la puerta, viera en el llamador, sin que este hubiera sufrido ningún proceso intermedio de cambio, no un aldabón, sino el rostro de Marley.

Sí, el rostro de Marley. Y no rodeado de sombras impenetrables, como los demás objetos que había en el patio, sino aureolado por una luz tétrica, como un

bogavante podrido en una bodega oscura. No era colérico, ni feroz, sino que contemplaba a Scrooge como solía hacerlo Marley: con sus fantasmales antiparras colocadas sobre su frente fantasmal. Sus cabellos se movían de una manera extraña, como si los agitase una vaharada o una racha de aire caliente; y, aunque tenía los ojos muy abiertos, estaban completamente inmóviles. Todo esto, unido a la lividez de su piel, hacía que el conjunto fuera horrible; pero, al margen del rostro y como si escapara a su control, el horror parecía más bien hallarse en su expresión.

Cuando Scrooge observó con atención este fenómeno, el llamador volvió a ser lo que era.

Afirmar que no se sobresaltó o que su sangre no sufrió una conmoción tan terrible como no había vuelto a sentir desde su infancia sería mentira. Sin embargo, empuñó la llave que había dejado puesta en la cerradura, la hizo girar bruscamente, entró en la casa y encendió una vela.

Se detuvo, con una momentánea vacilación, antes de cerrar la puerta, y miró cautelosamente detrás de esta, como si aún esperara verse aterrorizado por la perseverante presencia de los cabellos de Marley en el interior del vestíbulo. Pero no había nada detrás de la puerta, salvo los tornillos y tuercas que sujetaban el llamador. Así que exclamó: «Bah! ¡Bah!», y la cerró de un portazo.

El golpe retumbó como un trueno por toda la casa. Cada habitación del piso de arriba y cada tonel almace-

nado en el sótano del comerciante de vinos parecieron resonar estrepitosamente con ecos propios. Scrooge no era hombre a quien asustaran los ecos. Echó el cerrojo, cruzó el vestíbulo y subió muy lentamente las escaleras, despabilando la vela mientras subía.

Se podría disertar indefinidamente sobre la manera de guiar un carruaje de seis caballos por el anchuroso tramo de una buena y antigua escalera, o a través de una moderna y angosta discusión parlamentaria. No obstante, lo que pretendo decir es que, por aquella escalera, habríase podido conducir un coche fúnebre, e incluso ponerlo atravesado, con el pescante hacia la pared y la portezuela trasera hacia la barandilla: la maniobra habría sido fácil. Había espacio sobrante en aquel lugar; quizá fue esta la razón por la que Scrooge creyó ver una comitiva fúnebre precediéndolo en la oscuridad. Media docena de farolas callejeras no habrían iluminado suficientemente aquel vestíbulo; de modo que cabe suponer que, con la vela de Scrooge, estaba bastante oscuro.

Scrooge continuó subiendo sin preocuparse ni una pizca por ello: la oscuridad es barata, y eso le agradaba a Scrooge. Sin embargo, antes de cerrar la pesada puerta del piso superior, recorrió las habitaciones a fin de comprobar que todo estaba en orden. Tenía demasiado reciente la presencia del rostro en el llamador para obrar de ese modo.

Gabinete, dormitorio, cuarto trastero: todos ellos estaban como debían estar. Nadie debajo de la mesa,

nadie bajo el sofá; un débil fuego en la chimenea; el tazón y la cuchara, a mano; y la cacerola de gachas<sup>13</sup> (Scrooge tenía catarro), en el interior del hogar. Nadie debajo de la cama; nadie en el armario; nadie dentro de su bata, que colgaba de la pared en actitud sospechosa. El cuarto trastero, como siempre: el viejo guardafuegos, los zapatos viejos, dos cestas de pescador, un lava-bo de tres patas y un atizador.

Completamente tranquilizado, cerró la puerta y echó la llave con dos vueltas, lo que no era habitual en él. Así que, una vez asegurado contra toda sorpresa, se quitó la corbata, se puso el batín, las zapatillas y el gorro de dormir y se sentó delante del fuego, para tomarse las gachas.

El fuego era realmente mortecino: inútil en una noche tan cruda. Scrooge se vio obligado a sentarse muy cerca y a inclinarse sobre la llama para obtener una mínima sensación de calor de aquel puñado de combustible. Era una chimenea antigua. Construida hacía mucho tiempo por algún comerciante de los Países Bajos, estaba recubierta por innumerables azulejos holandeses decorados con escenas de la Sagrada Escritura. Había allí Caínes y Abeles, hijas del faraón, reinas de Saba, mensajeros angélicos que descendían del cielo sobre nubes semejantes a colchones de plumas, Abrahanes, Baltasares, apóstoles haciéndose a la mar a bordo de diminutas barquichuelas, centenares de figuras capaces de distraer sus pensamientos. Y, sin embargo, el rostro de Marley, muerto hacía siete años, volvía





a presentársele y, como la vara del antiguo profeta, se tragaba a las demás efigies<sup>14</sup>. Si cada uno de aquellos lustrosos azulejos hubiera sido originariamente blanco y hubiera poseído la facultad de plasmar en su superficie las dispersas imágenes que poblaban su mente, en cada uno de ellos habría aparecido una representación de la cabeza del viejo Marley.

—¡Paparruchas! —dijo Scrooge, y comenzó a dar vueltas por la habitación.

Después de varias idas y venidas, se sentó nuevamente. Al apoyar la cabeza en el respaldo de la silla, su mirada se posó en una campanilla que colgaba de un rincón del cuarto: una campanilla que nadie usaba y que, con alguna finalidad ahora olvidada, se comunicaba con el piso más alto de la casa. Mientras la miraba, advirtió con gran asombro y con extraño e inexplicable terror que la campanilla empezaba a moverse. Al principio, se movía tan suavemente que apenas producía sonido alguno; pero pronto resonó con fuerza, y lo mismo hicieron todas las campanillas de la casa.

Esto pudo durar medio minuto, o acaso uno, pero a él le pareció una hora. Las campanillas enmudecieron al mismo tiempo, como habían comenzado a sonar. Y a ellas les siguió un ruido estridente que parecía provenir del piso de abajo, como si alguien arrastrara una pesada cadena sobre los barriles que el comerciante de vinos tenía en el sótano. Scrooge recordó entonces haber oído que a los fantasmas de las casas encantadas solía describirseles arrastrando cadenas.

La puerta del sótano se abrió con un ruido fragoroso. Oyó, luego, que el ruido aumentaba en el piso de abajo, ascendía después por las escaleras y se encaminaba, al fin, directamente hacia la puerta de su habitación.

—¡Solo son paparruchas! —dijo Scrooge—. ¡No quiero creer en ellas!

Pero el color de su piel se demudó cuando, sin mediar pausa alguna, el ruido atravesó la maciza puerta y penetró en la habitación, ante sus propios ojos. Al irrumpir en el cuarto, la agonizante llama de la vela creció, impetuosa, como si gritara: «¡Lo conozco! ¡Es el espectro de Marley!», y volvió a reducirse.

La misma, la mismísima cara. Marley con su coleta, su chaleco de siempre, su calzón corto y sus botas, cuyas borlas se balanceaban al igual que la coleta, los faldones de su levita y los pelos de su cabeza. La cadena que arrastraba le ceñía la cintura. Era muy larga, se enroscaba en torno a él como un gran rabo y estaba formada (pues Scrooge la vio de cerca) por cajas fuertes, llaves, candados, libros de contabilidad, escrituras y pesados talegos de malla metálica.

Su cuerpo era transparente; de modo que Scrooge, observándolo y mirando a través del chaleco, podía ver los dos botones traseros de su levita.

Scrooge había oído decir a menudo que Marley no tenía entrañas; pero nunca lo había creído hasta entonces.

No, ni aun ahora lo creía. Aunque contemplaba al espectro de arriba abajo y lo veía plantado ante él; aun-



que sentía la desapacible influencia de sus ojos glaciales; y aunque veía el tejido del pañuelo doblado que rodeaba su cráneo y su barbilla, envoltura de la que no se había percatado antes, persistió en su incredulidad y luchó contra sus sentidos.

—Y bien —dijo Scrooge, cáustico y frío como siempre—, ¿qué quieres de mí?

—¡Mucho!

Era la voz de Marley, no había duda.

—¿Quién eres?

—Pregúntame quién *fui*.

—Entonces, ¿quién *fuiste*? —dijo Scrooge, alzando la voz—. Eres muy quisquilloso para actuar como una sombra.

Iba a decir «para ser una sombra», pero consideró más apropiado cambiar de expresión.

—En vida fui Jacob Marley, tu socio.

—¿Puedes..., puedes sentarte? —preguntó Scrooge, mirándolo dubitativo.

—Sí, puedo.

—Hazlo, pues.

Scrooge había hecho la pregunta porque no sabía si un espectro tan transparente podía estar en condiciones de tomar asiento; y suponía que, en el caso de que ello fuera imposible, podría verse en la necesidad de dar una embarazosa explicación. Pero el espectro se sentó al otro lado de la chimenea, como si estuviera acostumbrado a hacerlo.

—No crees en mí —observó el espectro.

—No —respondió Scrooge.

—¿Qué prueba puedes tener de mi realidad mejor que la de tus sentidos?

—No lo sé —dijo Scrooge.

—¿Por qué dudas de tus sentidos?

—Porque cualquier nimiedad —contestó Scrooge— les afecta. El más ligero trastorno estomacal los engaña. Tú bien puedes ser un trozo de carne mal digerido, una pizca de mostaza, una miaja de queso o un poco de patata a medio asar. Quienquiera que seas, tus huesos provienen más de la olla que del osario<sup>15</sup>.

Scrooge no tenía costumbre de contar chistes, ni sentía, en aquel momento, nada que pudiera ser divertido. Lo cierto es que intentaba ser ingenioso para distraer su propia atención y reprimir su terror, porque la voz del espectro le desazonaba hasta la médula.

Scrooge advirtió que, si permanecía un instante más sentado y en silencio, contemplando fijamente aquellos ojos inalterables y vidriosos, perdería su última baza. Era, además, abrumador que el espectro se hallara dotado de su propia atmósfera infernal. Scrooge no podía palparla, pero su existencia era evidente; pues, aunque el espectro estuviera inmóvil, sus cabellos, los faldones de su levita y las borlas de sus botas se agitaban como si recibieran las cálidas bocanadas de un horno.

—¿Ves este mondadientes? —preguntó Scrooge, volviendo rápidamente a la carga por los motivos indicados y deseando apartar de sí, aunque fuera solo por un segundo, la petrificante mirada de la visión.

—Sí, lo veo —respondió el espectro.

—No estás mirándolo —dijo Scrooge.

—Sin embargo —replicó el espectro—, lo veo.

—¡Bueno! —exclamó Scrooge—. Si me trago eso, pasaré el resto de mis días perseguido por una legión

de duendes, todos ellos de mi propia invención. Paparruchas, te digo. ¡Paparruchas!

Al oír esto, el espectro lanzó un grito terrorífico y agitó su cadena con un ruido tan lúgubre y pavoroso que Scrooge tuvo que agarrarse fuertemente a su silla para no caer al suelo. Pero mucho mayor fue su espanto cuando el fantasma se quitó el vendaje que ceñía su cabeza, como si le produjera calor llevarlo dentro de una casa, y su mandíbula inferior se desplomó sobre su pecho.

Scrooge cayó de rodillas y enlazó sus manos ante su rostro:

—¡Piedad! —dijo—. Horrible aparición, ¿por qué me atormentas?

—Hombre de mente mundana —replicó el espectro—, ¿crees en mí, o no?

—Creo —dijo Scrooge—. Tengo que creer. Pero, ¿por qué los espíritus se pasean por la tierra y vienen a visitarme?

—Se exige a cada hombre —contestó el espectro— que su espíritu conviva con sus semejantes y que viaje a lo largo y ancho de este mundo; y, si ese espíritu no lo hace en vida, está obligado a hacerlo después de su muerte. Se le condena a vagar errante por el mundo (¡ay, pobre de mí!) y a presenciar lo que no puede compartir, pero que, de haberlo compartido cuando vivía, le habría hecho alcanzar la felicidad.

El espectro lanzó un nuevo grito, agitó su cadena y retorció sus temblorosas manos.

—Estás encadenado —dijo Scrooge, temblando—. Dime, ¿por qué?

—Llevo la cadena que forjé en vida —respondió el espectro—. Yo mismo la hice, eslabón a eslabón, yarda a yarda; la ceñí por mi propia voluntad, y por mi propia voluntad la llevo. ¿Te extraña su aspecto?

Scrooge temblaba más y más.

—¿O te gustaría saber —prosiguió el espectro— el peso y la longitud de la recia cadena que tú llevas? Hace siete Navidades era tan pesada y tan larga como esta. Desde entonces has seguido trabajando en ella. ¡Ahora es una cadena inmensa!

Scrooge miró a su alrededor, por el suelo, esperando encontrarse rodeado por cincuenta o sesenta brazas de cable de acero; pero no vio nada.

—¡Jacob! —suplicó—. ¡Mi viejo Jacob Marley, dime algo más! ¡Pronuncia una palabra de consuelo, Jacob!

No puedo darte ningún consuelo —respondió el espectro—. El consuelo viene de otras regiones, Ebenezer Scrooge, y lo suministran otros agentes a otra clase de personas. Ni siquiera puedo decirte lo que deseo. Poco más me está permitido. No puedo descansar, no puedo detenerme, no puedo permanecer en parte alguna. Mi espíritu nunca salió de nuestro despacho. ¡Fíjate bien! Mi espíritu jamás franqueó en vida los estrechos límites de nuestro cubil de especuladores. ¡Y ahora me aguardan penosos viajes!

Scrooge tenía la costumbre, cuando se ponía pensativo, de meter las manos en los bolsillos. Reflexio-

nando sobre lo que el espectro le había dicho, hizo lo propio, pero sin levantar la mirada ni incorporarse.

—Debes de habértelo tomado con calma, Jacob —observó Scrooge sin rodeos, pero en tono humilde y deferente.

—¡Con calma! —repitió el espectro.

—Siete años muerto —musitó Scrooge—. Y viajando constantemente, ¿no?

—Todo el tiempo —dijo el espectro—. Sin descanso ni paz. Y con la incesante tortura del remordimiento.

—¿Viajas de prisa? —preguntó Scrooge.

—En alas del viento —replicó el espectro.

—En siete años, debes de haber recorrido gran cantidad de tierras —dijo Scrooge.

El espectro, al oírlo, lanzó otro grito e hizo entrecocar tan espantosamente sus cadenas en el silencio mortal de la noche, que la Guardia<sup>16</sup> habría tenido razones sobradas para detenerlo por alteración del orden.

—¡Ay, cautivo, amarrado y doblemente encadenado! —gritó el fantasma—. Has de saber que, para que las criaturas inmortales puedan pasar a la eternidad, deben transcurrir siglos de incesantes esfuerzos antes de que desarrollen todo el bien de que son capaces. ¿Ignoras que cualquier espíritu cristiano que obre humanitariamente en su pequeña esfera de acción, sea esta la que fuere, advertirá que su vida mortal es demasiado breve para las vastas posibilidades que tiene de





ser útil a los demás? Debes saber que ninguna ocasión de arrepentimiento puede enmendar una sola oportunidad desaprovechada de hacer el bien. Y, sin embargo, ¡eso hice yo! ¡Ay, eso hice yo!

—Pero tú siempre fuiste un buen hombre de negocios, Jacob —farfulló Scrooge, que empezaba a aplicarse a sí mismo lo que acababa de decir.

—¡Negocios! —gritó el espectro, retorciendo nuevamente sus manos—. Hice negocio con la humanidad entera. Hice negocio con el bien común. La caridad, la piedad, la clemencia y la benevolencia: con todas



ellas hice negocio. ¡Mis operaciones comerciales no fueron sino una gota de agua en el extenso océano de mi negocio!

Levantó la cadena, estirando los brazos, como si ella fuera la causa de todo su infructuoso dolor, y la dejó caer otra vez pesadamente al suelo.

—En esta época del año —continuó el espectro— sufro más que nunca. ¿Por qué anduve entre el hormiguero de mis semejantes con los ojos clavados en el suelo y nunca los elevé hacia esa bendita estrella que condujo a los Magos a una pobre morada? ¿No había acaso pobres moradas a las que habría podido conducirme su luz?

Scrooge sintió mayor congoja al oír al espectro hablar de ese modo, y comenzó a temblar exageradamente.

—¡Escúchame! —gritó el espectro—. ¡Mi plazo está a punto de terminar!

—Te escucharé —dijo Scrooge—. Pero no seas duro conmigo. ¡Y no te pongas retórico, Jacob, te lo suplico!

—No puedo explicarte cómo he aparecido ante ti con el aspecto que tú ves. He permanecido invisible a tu lado durante muchos, muchos días.

No era una idea agradable. Scrooge se estremeció y enjugó el sudor de su frente.

—Esta parte de mi penitencia no es fácil de cumplir —prosiguió el espectro—. He venido aquí esta noche para advertirte de que aún tienes una esperanza y una oportunidad de escapar a mi destino. Esperanza y oportunidad que yo puedo procurarte, Ebenezer.

—Siempre fuiste un buen amigo —dijo Scrooge—. ¡Gracias!

—Serás visitado —resumió el fantasma— por tres espíritus.

El semblante de Scrooge se desencajó casi tanto como, poco antes, lo hiciera el del espectro.

—¿Son esas la oportunidad y la esperanza que mencionabas, Jacob?

—Lo son.

—Yo... , yo preferiría que no lo fueran —dijo Scrooge.

—Sin sus visitas —advirtió el espectro—, no podrás tener ninguna esperanza de apartarte de la senda que yo sigo. Aguarda mañana al primero, cuando sueñe la una.

—¿No podrían venir todos juntos y acabar de una vez, Jacob? —insinuó Scrooge.

—Al segundo, espéralo la noche siguiente, a la misma hora. Al tercero, la otra noche, cuando haya dejado de vibrar la última campanada de las doce. Ten en cuenta que no volverás a verme; y procura, por tu propia salvación, recordar todo lo que hemos hablado.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, el espectro recogió su pañuelo de la mesa y lo anudó, como antes, alrededor de su cabeza. Scrooge se dio cuenta de ello por el áspero sonido que produjeron sus dientes cuando el vendaje volvió a acoplar las mandíbulas. Se aventuró a levantar de nuevo la mirada y comprobó que su sobrenatural visitante le observaba en actitud erguida, con su cadena enrollada al brazo.

La aparición se alejó, caminando de espaldas; a cada paso que daba, la ventana se iba abriendo poco a poco por sí misma, de modo que, cuando el espectro hubo llegado hasta ella, estaba abierta de par en par. Hizo señas a Scrooge para que se aproximara, y este obedeció. Cuando uno y otro se hallaban a dos pasos de distancia, el espectro de Marley alzó su mano, indicándole que no debía avanzar más. Scrooge se detuvo.

Y no tanto por obediencia como por sorpresa y temor; pues, al alzarse la mano del espectro, comenzó a percibir ruidos confusos en el aire: sonidos incoherentes de lamentación y pesar, gemidos indeciblemente penosos y contritos. El espectro, luego de escucharlos un momento, se unió al fúnebre coro; y salió del cuarto, hundiéndose en la gélida, oscura noche.

Apremiado por la curiosidad, Scrooge se acercó a la ventana. Miró al exterior.

El aire estaba lleno de fantasmas que vagaban con incansable celeridad de acá para allá, gimiendo sin cesar. Todos llevaban cadenas, como el espectro de Marley; unos pocos (debían de ser ministros de gobiernos culpables) iban encadenados entre sí; ninguno se hallaba libre de cadenas. A muchos de ellos, Scrooge los había conocido en vida personalmente. Había sido íntimo de un viejo espectro que llevaba un chaleco blanco y una monstruosa caja de caudales atada al tobillo, y que ahora lloraba lastimeramente porque era incapaz de ayudar a una desdichada mujer a quien veía allá abajo, con un niño, en el quicio de una puerta. Todos



ellos padecían, evidentemente, la desgracia de pretender intervenir, para bien, en los asuntos humanos, y de haber perdido para siempre la facultad de hacerlo.

Si tales criaturas se desvanecían en la niebla o si la niebla las envolvía, era algo que Scrooge no podía afirmar. Pero el caso es que las criaturas y sus voces fantas-

males se desvanecieron simultáneamente; y la noche volvió a ser como había sido cuando él llegó a su casa.

Scrooge cerró la ventana y examinó la puerta por la que había entrado el espectro. Estaba cerrada con doble vuelta de llave, tal como él la había dado, y los cerrojos se encontraban intactos. Intentó decir: «¡Parruchas!», pero se detuvo en la primera sílaba. Y, sintiendo una gran necesidad de reposo, bien por las emociones que había experimentado, o por las fatigas del día, o por su atisbo del Mundo Invisible, o por la aburrida conversación del espectro, o acaso por lo tardío de la hora, fue directamente a la cama, sin desnudarse, y cayó dormido al instante.

